

Claudio Arrau en Chile*

FERNANDO ROSAS

La venida a Chile de Claudio Arrau me permite efectuar algunas reflexiones en torno a esta visita que ha apasionado a los chilenos durante algunos meses. Al enfrentar este tema lo hago con un natural temor, pienso que es difícil agregar algo significativo al conjunto de publicaciones que han aparecido en torno a Arrau. Sin embargo, tengo en mi memoria dos observaciones que merecen especialmente ser comentadas, ya que agregan importantes luces acerca de este tema.

La primera fue una opinión que dio a un semanario Adolfo Flores director de Radio Beethoven. "Se ha dicho todo sobre Claudio Arrau y es como si no se hubiera dicho nada". Es decir, para el señor Flores, la vivencia musical que produce este singular artista está muy por encima de cualquier descripción o interpretación por medio de la palabra. En su observación se nos muestra la música como una experiencia absolutamente inefable, de modo que todas las palabras que tratemos de expresar en torno a ella en último término serán solamente aproximaciones.

La segunda fue la sabrosa crónica en "El Mercurio" de Enrique Lafourcade, quien con su inteligencia e ingenio acostumbrados mostró el abismo existente entre la presencia del gran maestro y lo inadecuado de la reacción

*Para dejar un testimonio del significado de la visita de Claudio Arrau, Atenea le solicitó al profesor Fernando Rosas que escribiera sus impresiones al respecto. El es director de orquesta y con frecuencia ha dirigido la Sinfónica de la Universidad de Concepción. Tuvo también a su cargo los comentarios previos a los conciertos que Arrau dio en Santiago y que fueron transmitidos a todo el país por Televisión Nacional. Lo hizo con sentido didáctico, referido a los autores y sus obras, y con una apreciación crítica después de cada ejecución del maestro.

de la mayoría de las personas frente a él. Un ejemplo de esto último fue la pregunta que me hizo un joven. ¿Es cierto señor, lo que se dijo en televisión, de que Arrau en toda su carrera no había tocado más de veintisiete notas equivocadas? El muchacho pensaba que ser un gran pianista era tocar el instrumento sin equivocarse jamás. Nuestro público difícilmente podría comprender la historia del Zen que narra el compositor norteamericano John Cage en su conferencia "Indeterminación". La historia cuenta lo siguiente: "Había un gran arquero que disparaba al blanco en plena noche con los ojos vendados y daba siempre en el centro; sin embargo había otro, que siendo el mejor de todos, disparaba a plena luz del día con los ojos abiertos y jamás había dado en el blanco".

Interpretar significa desentrañar lo oculto existente en una obra, y en ningún caso significa competir. Es por eso que la perfección técnica de una interpretación, en sí misma no constituye ningún valor. Como ha dicho un gran empresario musical, cualquier persona puede tocar muy bien el piano, pero ser un verdadero intérprete musical es un asunto totalmente diferente.

Sin duda que es muy importante lo que ocurre en el caso de Arrau, que él es un heredero directo de Beethoven a través de la cadena de profesores —alumnos: Beethoven, Czerny, Liszt, Krause, Arrau. Sin embargo la cadena en sí misma explica poco. No hay duda que existe una tradición de enseñanza oral que para Arrau ha sido muy importante, pero lo definitivo, en mi opinión, reside en el poder espiritual de Arrau que le permite interpretar, o sea leer la música de una manera especial y su capacidad de comunicar su interpretación a un vasto auditorio.

La escritura de las obras musicales fija determinados parámetros, pero ello no de una manera exacta sino simplemente aproximada. En distintos períodos de la historia de la música esta aproximación es menor o mayor. De esta manera una interpretación de la música escrita tiene siempre diversas posibilidades sin apartarse de la intención fundamental del autor. El intérprete al leer la obra musical debe saber leer entrelíneas, o sea con un conocimiento cabal del estilo musical de la época, de las características propias del autor determinado, de otras obras del mismo, debe penetrar en lo que está escondido detrás de la partitura escrita. De esta manera Arrau, que realiza de un modo magistral lo que hemos descrito, ocupa un lugar relevante entre los intérpretes actuales.

Sin embargo, el impacto tan especial causado por su venida coincide con un momento muy particular para nosotros. En estos días, en muy diversos campos de nuestra actividad, no nos ha ido demasiado bien. En lo deportivo hemos enfrentado interminables derrotas que ya no podemos presentar como triunfos morales; en lo político inequívocos barquinazos nos

tienen sujetos hace largo tiempo a lo que alguien llamó la ley del péndulo; en lo económico las permanentes bajas de nuestras materias primas y la subida de nuestra deuda externa nos tienen al borde de un abismo desconocido.

En este contexto, nos llega "El Artista", "El mejor del mundo", "Un triunfador nuestro", toquemos las campanas. Por otra parte nuestra memoria es demasiado mala; hace escasos dos o tres años, nuestros medios de comunicación estaban llenos de reproches hacia el hijo pródigo que habiendo recibido todo de nuestro país (becas de estudio y estímulos desde temprana edad) nos había abandonado nacionalizándose en un país extranjero y no viniendo en largos años a Chile.

¿Cómo nos podemos explicar estas mágicas transformaciones? En mi opinión es tan dramática nuestra necesidad de contar con símbolos de los cuales carecemos actualmente, que gustosos estamos dispuestos a olvidar todo lo que sea necesario, para poder así disponer de vehículos que nos permitan reencontrar nuestros valores permanentes.

Deténgamonos un poco. ¿Tenemos acaso valores permanentes? ¿Podemos en verdad encontrar símbolos de ellos? Muchos han dicho que nuestro país ha producido principalmente grandes historiadores, juristas y algunos políticos eminentes. Sin duda que todo esto es efectivo, pero a mi buen entender, más importantes y representativos son nuestros artistas. Me refiero a nuestros grandes poetas; Neruda, Huidobro, Gabriela Mistral; los pintores Matta, Zañartu y varios otros más; los músicos Arrau, Rosita Renard, y por qué no, Ramón Vinay, que durante años fue el más representativo en su especialidad.

Si Chile es conocido mundialmente, no lo es por nuestro desarrollo científico, ni económico, ni por nuestros inventos tecnológicos. El nombre de Chile aparece en el exterior principalmente en las librerías y tiendas de discos. Creo que ésta es una lección que debemos aprender y que nos indica un camino posible hacia el futuro.

Ortega y Gasset nos enseña, en el prólogo a la Historia de la Filosofía de Brehier, que no existen grandes cumbres donde no hay cordilleras; es decir los grandes valores de la cultura sólo aparecen como culminaciones en situaciones donde la cultura tiene una existencia bien consolidada. Me parece que fue el caso de Chile hace algunas décadas, en que nuestra realidad cultural estaba muy por encima de nuestro desarrollo económico. Los últimos años nos han dejado la dura lección de que por el hecho de poder adquirir más y mejores bienes de consumo, no ha mejorado en general nuestra calidad de vida ni nuestro desarrollo espiritual.

La venida de Arrau ha dejado establecida, de acuerdo a lo que indicamos

más arriba, nuestra incapacidad de comprenderlo como corresponde, pero ha dejado también patente la respuesta generosa de un pueblo que a su manera le expresa que su presencia es enaltecedora. Recojamos esta resonancia y este estremecimiento que va mucho más allá de lo que los especialistas pueden comprender. Una genuina captación de un verdadero artista no es ni una reacción emocional patriótica, ni es una simple comprensión de un fenómeno de la cultura.

El enfrentamiento con la realidad de la creación artística es una actitud radicalmente diversa, en que el hombre es atrapado por una presencia que no pertenece a lo cotidiano de su existir. Arrau, al mantener a una parte importante de nuestra población delante de un televisor, mostró un Beethoven y Brahms en lo que muchos sin percatarse plenamente de qué se trataba, pudieron oscuramente presentir la realidad de algo enteramente inédito.

De esta manera la venida de Arrau nos indica una posibilidad de vida espiritual para nuestro país, en que a través de él podemos reencontrarnos con lo mejor de nosotros mismos.

Y me viene una pregunta final. ¿Lo que hemos dicho de Chile con respecto a Arrau, no será acaso válido para muchos otros países latinoamericanos con sus propios artistas? Honestamente creemos que la respuesta debe ser afirmativa. Los nombres más representativos de Latinoamérica son los de García Márquez, Vargas Llosa, Niemeyer, Guayasamín, Sábato, Carpentier y muchos otros. Si es claro que hasta aquí la imitación desafortunada a los países desarrollados sólo nos ha dejado pobreza y frustración, creemos que asumiendo nuestros propios valores del espíritu, nuevos aires podrían soplar en los agitados días que vivimos.